

Poesía y Toros

MARIANO
ROLDAN

Desde mi lábil condición de aficionado (no ejerciente) el gran espectáculo nacional de las corridas de toros, y de poeta que ha mantenido, alerta y progresiva, una vocación durante los ya no pocos años de su propia vida, siempre me ha interesado (por diversas razones, entre las que naturalmente preponderan las estéticas) la expresión poética de esa vivencia, y no ajena, en absoluto, a los que cantan desde foráneos idiomas.

Leía yo, de muy joven, allá en mi provincia andaluza, esos bellos poemas clásicos dedicados al tema (Góngora, Lope, Quevedo) e indagaba ya mi despertada curiosidad sobre si el fervor y el esplendor verbal de aquellos textos eran debidos a una gracia del momento (una gran momento vital del acontecer español) o, por el contrario, el tema del toro era una constante de nuestra condición de advenidos hispanos, que se hubiera mantenido, contra viento y marea (el viento de los renovados movimientos literarios y la marea de la mutación temporal y social) viva y actuante, en su bien afirmada consagui-nidad fiesterera.

Resultaba claro, frente a esta segunda hipótesis, que la verificación del tema en el transcurso de nuestra poesía daba pie suficiente para la confirmación razonable. Vendría a ser como un elemento más, nada desdeñable, del componente nacional, que, estéticamente, nos completaría como lo que somos, en cuanto a individualidad nacional, (alude Ortega a la «trágica amistad, tres veces milenaria, entre el hombre español y el toro bravo») y se erigiría como factor específico, si no esencial, indispensable, de nuestra manera de interpretar la realidad. Y apelo nuevamente a Ortega, cuando afirma que «la historia de las corridas de toros revela algunos de los secretos más recónditos de la vida nacional española». Y algo semejante debía ocurrir, me figuraba yo, con la historia de nuestra poesía sobre el tema. A ello me apliqué, a indagar sobre esta incitante cuestión me apliqué, con la necesaria dedicación a la lectura. Me esforzaba en aclarar si esa constante de nuestra poesía no sufría quiebros espectaculares y si sus significaciones recónditas, las que se derivaban del cotejo de los innumerables textos perte-

necientes a distintas épocas y escuelas, se mostraban capaces de añadir, siquiera un adarme, en la prospección del alma española, esta vez apresada en las áureas redes de su poesía.

Porque no había duda alguna. Allá por los albores de nuestra lengua, en cuanto el español se arranca a escribir versos (Poemas de Conde Fernán González, Gonzalo de Berceo) se da de bruces con el toro. También los poetas de los «Cancioneros» corren el toro. E igual sucede en los clásicos del Siglo de Oro, en los barrocos, en los neoclásicos, en los románticos, en los modernistas... La generación del 27, por más señas, inaugura nuevas visiones en el tratamiento del tema: Alberti, Aleixandre. Y Miguel Hernández. Y los muchos de hoy mismo. Me preguntaba: «¿Acaso estamos en una de esas etapas de vigencia del tema taurino que, según la tesis del Cossío, tiñe de nacionalismo poético nuestro verso?». Todo apuntaba en una dirección insoslayable, moteada de sorpresas. Porque, taurinos o antitaurinos, hasta los poetas más asépticos (un Guillen, pongo por caso) entre fobias o filias, ninguno dejaba de citar (en las dos acepciones más usuales) al toro en su verso, si la musa por ahí soplabá.

Con todo ello, me afirmé, entonces, en la conveniencia de establecer una «suma» poética, una antología «abierta, pluridimensional, con un protagonista único, el toro, buscado allá donde se encontraba» y como se encontraba (lo mismo por su situación de campo, selva o plaza, que por su edad o sexo: novillo, vaca, toro o buey), con una ordenación de textos donde el hilo cronológico fuera, a la vez, el hilo clarísimo que evidenciara las irrupciones del tema. Y así, en 1970, publicaba yo una no escasa colección de textos españoles e hispanoamericanos, bajo el título de «Poesía Hispánica del Toro» (1), que, arrancando en el siglo XIII, se allegaba hasta nuestros días.

Pero ocurrió que, al relance de esos afanes antológicos, se me fueron haciendo patentes, en el aquí y en el allá de variados idiomas, otros textos taurinos o taurinos, escasos en un principio, que empezaron a reclamar mi atención de analizador curioso del tema, y que, si mi buena estrella me acompañaba en la pesquisa, podrían constituirse en indicadores fehacientes de la universalidad de todo este menester, escalonado entre la mitología y la realidad. Un Byron resulta que escandía, en su impecable verso inglés, los incidentes todos de una corrida. Un Rilke la describía en alemán para sorpresa de rubios nortños. Un Aseiev mostraba el toro, a sus lectores rusos, como agonista invencible de un drama. Y existían atisbos y resonancias en autores que, encabezados por el gallego sabroso de las «Cantigas» de Alfonso X, tenían que ver con pasajes o versos sueltos de Dante, Petrarca, Ausías March o Camoens. Resultaba evidente que la fuente común para la exaltación de ese toro, que corneaba en sus textos, no era otra, en autores casi todos alejados de nuestra idiosincracia, que la astral estela mitológica que tras de sí dejaron los vates grecolatinos, algunos de los cuales, como Teócrito, Virgilio, o Marcial, tuvieron y expresaron la vivencia directa del toro en el campo, en la realización de su ciclo natural, o del toro trasladado al circo romano para la contienda alevosa preparada por el hombre. Sí, el tema de

*Allá por los albores de
nuestra lengua, en
cuanto el español se
arranca a escribir versos
(Fernán González,
Gonzalo de Berceo) se da
de bruces con el toro*

(1) *Poesía Hispánica del Toro (Antología, siglo XIII al XX)*, Edit. Escelicer, Madrid, 1970.

la poesía del toro reunía los indicios suficientes como para predicar su universalidad (a muy pocos poetas y lenguas le es ajeno) y, en consecuencia, proceder a la agrupación minuciosa de unos textos, básicos para la comparación y la exégesis del futuro estudioso, y pertinentes para el lector normal interesado en este tipo de poesía. Dichas premisas y convicciones me animaron, me sostuvieron el ánimo durante los veinte años en que me ocupé de la recolección de textos, recolección doblemente complicada, porque, a los enojoso de la búsqueda en frío, se hubo de añadir la dificultad de caminar entre lenguas desconocidas para el que suscribe, como el ruso, el húngaro, el griego, el árabe, etc. Había, por fuerza, que recurrir a las traducciones ajenas; que de las lenguas por mí mal conocidas yo mismo trasladé, con fervor y rigor en tales menesteres, los textos hallados. Cuando la versión ajena no me satisfacía por su mal español, me veía en la necesidad de encontrar una segunda o de encomendarla a persona de escritura fiable. Todo un proceso lento (¡qué gozo si al fin daba con el texto apetecido!) que, poco a poco, iba engrosando la nómina abierta de mi pretendida antología. Que apareció, después de esas dudas y trasudores que cuento, con el título, no sé si ajustado o pretencioso, de «Poesía Universal del Toro» (2.500 a. C. 1990) (2) en los meses últimos del comienzo de la presente década vertiginosa. Pero sigamos aún un trecho con la solicitada glosa. Se abre mi Antología con uno de esos textos venerables, en el que su anónimo autor canta, con voz de epopeya entre las más antiguas de la humanidad (siglo XXV antes de nuestra Era) la mítica gesta de un personaje rigurosamente histórico, Gilgamesh, gran rey de Uruk. Es, al tiempo, esta epopeya uno de los primeros textos conocidos donde se canta la lucha del hombre contra un toro (toro celeste en este caso), abatido, espada en mano, entrando a matar por

***Desde ese toro celeste a
esos otros toros
mitológicos, la
imaginación humana ha
elevado hasta lo sagrado a
ese bello animal, lujo de
sí mismo, el toro, tótem
mayor de toda la cultura
europea***

«entre la cerviz y los cuernos», en ajustada premonición del ritual observado hoy en nuestras corridas de toros. Y entre ese toro celeste, creación del poeta mesopotámico y esos otros toros mitológicos de Mosco de Siracusa, de Horacio o de Ovidio (ya está el mito de Europa, la hermosa ninfa, y del raptor Toro-Júpiter campando por entre los hexámetros refinadamente cincelados de los clásicos greco-latinos) no existen más que diferencias de detalle: en uno y en otros ha obrado la imaginación humana, elevando hasta lo sagrado a ese bello animal, «lujo de sí mismo», el toro, «tótem mayor de toda la cultura europea», que no sólo de la española, y entronizado ya en los templos prehistóricos, como el de Chatal Huyuk (6.000 a. C.) No se resisten los poetas de nuestras humanidades bien

entendidas entre el griego y el latín, dos lenguas muertas dos veces, a levantar el debido homenaje a tan hermoso animal sacro, que de esta suerte quedaría para siempre vinculando a «tradiciones milenarias por ese toro entrevisto en los más venerables textos conservados», y que, por ello mismo, hacía explicable lo inexplicable: el hecho cultural de la fiesta de toros, la fiesta mágica, la corrida de hoy, modernizado taurobolio donde la sangre sigue teniendo su «poder orgiástico sin par».

(2) *Poesía Universal del Toro (Antología, 2.500 a. C. 1990)*, Edit. Espasa-Calpe, Madrid, 1990.

Me referiré ahora, sucintamente, a algunas de las variantes con que diversos textos de la Antología tratan el primigenio tema del toro, conduciéndolo por derroteros impensables, que sólo la modernidad vanguardista de nuestra hora, con su freudiano escalpelo, logró poner en circulación. Cuando un Dámaso Alonso clama contra ese «testuz fatal» que está embistiendo contra sus sienes, en un inolvidable soneto; cuando Evtuchenko, en un apocalíptico poema extraordinario, nos conmina y pregunta: «¡Pero basta de víctimas innecesarias! ¡Basta de corridas! ¿Qué puedo hacer yo para que el público se quede estupefacto y vea la sangre no sólo a lo lejos, en la arena dorada, sino también en sus propias manos?»; cuando Stephen Dobyns, en un no menos inquietante y hermoso poema, titulado con la palabra española «Querencia», afirma: «Y en cuanto a la querencia, algún lugar tenemos todos donde sentirnos más seguros, aunque sea sólo la idea de un lugar; tal vez, idea sola; el lugar del que nuestro ser irradia como un ideal de amistad o justicia o quizás algo más simple...»; cuando el gran Alberti se exaspera: «Aquí el toro gritó, crujó tan fieramente, como si con garganta de monte, si con lengua de borrasca o con pozos de truenos se pudiera», (y los ejemplos se alargarían indefinidamente) ya no es el toro-toro el que se nos arranca desde la lectura y nos embauca y enhechiza con la belleza y la fuerza de su expresión: los planos, real y simbólico, se entrecruzan de oscuridad hiriente y consoladora, y ya no apreciamos cómo fuimos heridos tan sigilosamente por unas inocentes palabras, a las que la introducción creadora prestó alas. Una cosa es cierta: el tema del toro, en manos de un gran poeta, nunca se sabe a qué comprometidos terrenos puede llevar, con su simbolismo de sangre y llanto, con su taumaturgia de sol y sangre, con su arremolinada fuerza de instinto y magia expresados.

Pero vengamos a lo nuestro, y queden esos análisis y expurgos, como ya dije antes, a cuenta del especializado estudioso de estos temas, que nos dirá lo que tenga que decirnos tras la meditada lectura de los textos recopilados sobre el tema. Este antólogo se da por satisfecho con ofrecer, a todo el que quiera asistir, esta poética corrida celebrada en el coso mayor de nuestra cultura occidental.





Angkor-In

Primo San Juan Reyes